

GRADY HENDRIX



CÓMO VENDER UNA
CASA
ENCANTADA

Grady Hendrix

Cómo vender una casa encantada

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

minotauro



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

How to Sell a Haunted House © 2023 by Grady Hendrix
Todos los derechos reservados.

Publicado originalmente como *How to Sell a Haunted House* por acuerdo con JABberwocky Literary Agency, Inc, a través de International Editors & Yáñez, Co' S.L.

© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell

© Ediciones Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Laura K. Corless

Primera edición en Colección Booket: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.576-2025
ISBN: 978-84-450-2063-0
Impreso en España

1

Pensando que a lo mejor no se lo tomaban bien, Louise informó a sus padres de su embarazo por teléfono, desde San Francisco, a casi cinco mil kilómetros de distancia. No porque dudara de su decisión, ni mucho menos. Cuando habían ido apareciendo aquellas dos rayitas paralelas de color rosa, todo el pánico se había esfumado y una vocecilla le había dicho por dentro: «Ya eres mamá». Pero, aun en el siglo XXI, era difícil prever la reacción de unos padres sureños a la noticia del embarazo de su hija soltera de treinta y cuatro años. Louise se pasaba el día ensayando distintas formas de soltárselo con delicadeza, pero, en cuanto su madre descolgó y su padre se puso al supletorio de la cocina, se quedó en blanco y espetó:

—Estoy embarazada.

Esperaba que la acribillaran a preguntas: «¿Estás segura?». «¿Lo sabe Ian?». «¿Lo vas a tener?». «¿No has pensado en volver a Charleston?». «¿Tienes claro que eso es lo mejor?». «¿Te haces una idea de lo duro que va a ser criarlo tú sola?». «¿Cómo te las vas a arreglar?». Aprovechó el largo silencio para ensayar las respuestas: «Sí; aún no; por supuesto; ¡ni de coña!; no, pero lo voy a hacer de todas formas; sí; me apañaré». Al otro lado de la línea, oyó que alguien tomaba aire mientras daba lo que parecía un buen sorbo de agua, y cayó en la cuenta de que su madre estaba llorando.

—Ay, Louise... —le dijo su progenitora con la voz pastosa, y Louise se preparó para lo peor—, ¡cuánto me alegro! Vas a ser la madre que yo no fui.

Su padre solo quería saber una cosa: las señas de su casa.

—No quiero malentendidos con el taxista cuando aterricemos.

—Papá, no hace falta que vengáis ahora mismo.

—Pues claro que sí —replicó él—. Eres nuestra Louise.

Los esperó en la calle, sufriendo un microinfarto cada vez que un vehículo doblaba la esquina, hasta que por fin un Nissan azul oscuro se detuvo delante del edificio, bajó de él su padre y ayudó a bajar a su madre. Louise no aguantaba más: se arrojó a los brazos de su madre como si volviera a ser una cría.

Se encargaron de comprar la cuna y la sillita de paseo, le dijeron que era una locura plantearse siquiera un servicio de alquiler y lavado de pañales de tela y hablaron de la alimentación del bebé y de las vacunas y del millón de decisiones que tendría que tomar, y compraron sacamocos y pañales y bodis y mantitas y cambiadores y toallitas y pomada para el culete y gasas para los vómitos y sonajeros y luces nocturnas..., y Louise habría pensado que se les había ido la mano con las compras de no ser porque su madre le dijo: «¡Anda, que no te quedan cosas por comprar!».

Ni siquiera pudo reprocharles que les costara digerir lo de Ian.

—Aunque no estéis casados, deberíamos conocer a sus padres, que ellos también van a ser abuelos —le dijo su madre.

—Aún no se lo he dicho —contestó Louise—. Solo estoy de once semanas.

—Pues cada vez se te notará más —señaló su madre.

—El matrimonio tiene ventajas económicas tangibles —añadió su padre—. ¿Seguro que no te lo quieres pensar?

Louise no se lo quería pensar.

Ian era gracioso, listo, y ganaba un pastizal como marchante de rarezas en vinilo para los ricos de la zona de la Bahía que añoraban su infancia. Le había conseguido una colección

completa de primeras ediciones de álbumes de los Beatles al cuarto mayor accionista de Facebook y había encontrado la edición pirata del concierto de Grateful Dead en el que un miembro de la directiva de Twitter le pedía matrimonio a su primera esposa. A Louise le costaba creer el dineral que la gente estaba dispuesta a pagar por cosas así...

Paradójicamente, cuando ella le había insinuado que debían tomarse un descanso, Ian había creído oportuno hincar la rodilla en el patio interior del Museo de Arte Moderno de San Francisco. La negativa de Louise lo había puesto tan triste que se había acostado con él por pena, y de ahí su estado actual.

El día que le había pedido que se casaran, llevaba puesta su camiseta original del *In Utero* de Nirvana con un agujero en el cuello por la que había pagado cuatrocientos pavos. Se gastaba miles de dólares al año en zapatillas, a las que se empeñaba en llamar «zapas». Se ponía a mirar el móvil mientras Louise le contaba cómo le había ido el día, se burlaba de ella cuando confundía a los Rolling Stones con los Who y, cuando pedía postre, siempre le preguntaba: «¿Estás segura?».

—Papá, Ian no está preparado para ser padre.

—¿Y quién lo está? —replicó su madre.

Pero, en el caso de Ian, Louise lo veía clarísimo.

Las visitas familiares siempre se hacen largas y, al final de la semana, Louise ya estaba contando las horas que le quedaban para volver a estar sola en su apartamento. La víspera del día en que sus padres volvían a casa, se encerró en su dormitorio «a mirar el correo» mientras su madre se quitaba los pendientes con la intención de echarse una siesta y su padre iba a buscar el *Financial Times*. Supuso que, si aguantaban así hasta el almuerzo, luego iban a dar un paseo por el parque del Presidio y después cenaban algo, todo iría bien.

Pero su cuerpo tenía otros planes. Le entró hambre de pronto. Se le antojaron unos huevos cocidos. Necesitaba ir a la cocina de inmediato. Así que entró con sigilo en el salón, descalza, para no despertar a su madre, porque no se veía con ánimo de soportar otra conversación sobre lo bien que le quedaría el

pelo largo, lo a gusto que estaría en Charleston o lo mucho que le convendría volver a dibujar.

Se la encontró dormida en el sofá, tumbada de lado, tapada hasta la cintura con una manta amarilla. La luz de mediodía la hacía parecer macilenta, destacándole las arruguitas del contorno de la boca, el pelo ralo, las mejillas flácidas... Por primera vez en su vida, Louise supo qué aspecto tendría su progenitora muerta.

—Te quiero —le dijo su madre sin abrir los ojos, y ella se detuvo en seco.

—Lo sé —contestó al cabo de un momento.

—No, no lo sabes —replicó la otra.

Esperó a que se explicara, pero la respiración de su madre se hizo más profunda, más regular, hasta convertirse en un ronquido. Louise entró en la cocina. ¿Hablabla su madre en sueños? ¿Se refería a que no era consciente de que la quería, o de cuánto la quería, o a que no lo entendería hasta que también ella tuviera una hija? Le dio vueltas, preocupada, mientras se comía el huevo duro. ¿Lo decía porque vivía en San Francisco? ¿Pensaba que se había ido tan lejos para poner distancia entre las dos? Se había mudado allí por la universidad y después se había quedado por el trabajo. Aunque era cierto que, si de niña todo el mundo te dice lo estupenda que es tu madre y hasta tus ex te preguntan por ella cuando te los cruzas por la calle, te hace falta poner distancia si quieres tener vida propia y a Louise a veces no le bastaba siquiera con cinco mil kilómetros. Tal vez su madre lo notara.

Luego estaba su hermano. Solo se había mentado a Mark un par de veces durante aquella visita y Louise sabía que a su madre la reconcomía por dentro que ellos dos no tuvieran una relación «natural», pero lo cierto era que no quería tener relación con su hermano, ni natural ni de otro tipo. En San Francisco podía hacerse pasar por hija única.

Sabía que era la típica hermana mayor, la primogénita que se llevaba todos los golpes. Había leído artículos y ojeado listículos, y cumplía todos los requisitos: juiciosa, organizada,

responsable, trabajadora... Hasta lo había visto catalogado como trastorno (el «síndrome del hermano mayor») y se había preguntado cuál sería el de Mark. Alcoholismo terminal, seguramente.

Cuando le preguntaban por qué no se hablaba con su hermano, Louise contaba lo de la Navidad de 2016, en que, aunque su madre se había pasado el día en la cocina, Mark se empeñó en que cenaran en un chino, al que llegó tarde, borracho y dispuesto a pedir la carta entera, para después quedarse traspuesto en la mesa.

—¿Por qué dejas que te haga esto? —preguntó entonces Louise.

—Sé un poco más comprensiva con tu hermano —le contestó su madre.

Louise comprendía perfectamente a su hermano. A ella le daban premios; Mark había terminado el instituto a trompicones. Ella había hecho un máster en Diseño; Mark había dejado la universidad el primer año. Ella creaba productos que la gente usaba a diario, como parte de la interfaz de usuario de la última versión del iPhone; él se había propuesto que lo echaran de todos los bares de Charleston. Vivía a solo veinte minutos de sus padres, pero se negaba a mover un dedo por ellos.

Por mal que se portara, sus padres siempre lo colmaban de elogios. Alquilaba un apartamento nuevo y para ellos era como si hubiera derribado el Muro de Berlín. Compraba una camioneta por quinientos dólares para arreglarla él mismo y casi parecía que hubiera puesto un pie en la Luna. Cuando el Colegio de Diseñadores Industriales le concedió a Louise la mención de honor a la mejor estudiante de posgrado, ella cedió el premio a sus padres, a modo de agradecimiento, y lo escondieron en el ropero.

—A tu hermano le va a doler que tengamos tu premio a la vista y nada suyo —se excusó su madre.

Louise sabía que su nula relación con Mark era el eterno tabú, el convidado de piedra, el miembro fantasma de todas las interacciones con sus padres, sobre todo con su madre, que

odiaba lo que ella llamaba «desavenencias». Siempre estaba de buen humor, siempre dispuesta y, aunque Louise no tenía nada en contra de la felicidad, el empeño de su madre en alcanzarla a toda costa le resultaba enfermizo. Evitaba las conversaciones difíciles sobre temas dolorosos. Dirigía un guiñol moralizante y se comportaba como si siempre estuviera en escena. Las pocas veces que había perdido los papeles como madre le había soltado: «¡Me avergüenzo de ti!», como si avergonzarse fuera lo peor que le podía pasar a alguien.

Tal vez por eso Louise estaba tan decidida a tener aquel bebé: la maternidad las haría cómplices, las uniría. Sospechaba que todo lo que le fastidiaba de su madre sería precisamente lo que la convirtiera en una abuela increíble.

Mientras retiraba las cáscaras de huevo de la encimera, pensó que la maternidad compartida tendería un puente entre las dos, y los muros que había levantado para protegerse irían derrumbándose. No sería de un día para otro, pero daba igual. Tendrían toda la vida para digerir sus nuevos roles: el de la hija convertida en madre y el de la madre convertida en abuela. Años, creía ella. Al final, fueron cinco.

2

La llamada entró cuando Louise andaba desesperada tratando de convencer a su hija de que *El conejo de felpa* no le iba a gustar.

—Ya sacamos un montón de cuentos nuevos de la biblioteca —le dijo—. ¿No prefieres...?

—*El conejo de felpa* —insistió Poppy.

—Da más miedo que la peli de *Los Teleñecos en Cuento de Navidad* —replicó Louise—. ¿Recuerdas qué susto cuando la aldaba se convierte en la cara de un señor?

—Yo quiero *El conejo de felpa* —sentenció Poppy.

Louise sabía que lo aconsejable era ceder y leerle a Poppy *El conejo de felpa*, pero no lo iba a hacer ni muerta. Tendría que haber echado un vistazo al paquete antes de que la niña lo abriera, porque, claro, su madre no le había hecho llegar el cheque para el campamento de verano Pequeños Paleontólogos como le había prometido, pero, de pronto, le había enviado a Poppy un ejemplar de *El conejo de felpa* porque «era el cuento favorito de Louise».

No era su cuento favorito, sino el origen de todas sus pesadillas infantiles. Su madre se lo había leído por primera vez a la edad de Poppy y, cuando sacaban al conejo al jardín para quemarlo, Louise se había echado a llorar.

—Te entiendo —le dijo su madre malinterpretando sus lágrimas—. A mí también me chifla este cuento.

La crueldad de la historia le revolvió las tripas a aquella Louise de cinco años: el niño desconsiderado que maltrataba sus juguetes, los juguetes necesitados de afecto que ansiaban de modo enfermizo su aprobación por abandonados que los tuviera, la distante y temible Nana, los conejos matones del campo... Pero su madre seguía leyéndoselo antes de dormir, sin darse cuenta de que la pobre se ponía rígida, aferrada a la sábana y mirando al techo, mientras ella hacía las voces de los distintos personajes.

Una clase magistral de interpretación, el papel estelar de Nancy Joyner y poder interpretarlo era la razón principal por la que su madre elegía aquel cuento. Terminaban llorando las dos, pero por razones distintas.

—¿Duele? —preguntaba el conejo.

—A veces —contestaba el caballo de piel—. Cuando eres de verdad, no te importa que te hagan daño.

Louise había salido con una chica en Berkeley que llevaba tatuada esa frase en el antebrazo, y no le sorprendió enterarse de que se lo hacía ella misma con una aguja de coser pegada con celo a un boli Bic.

El conejo de felpa confundía masoquismo con amor y se recreaba en la soledad. Además, ¿qué clase de espanto era un «caballo de piel»?

Ella no pensaba cometer el mismo error con Poppy. En aquella casa no iba a entrar ese cuento, aunque tuviera que jugar sucio.

—Todos esos libros que hemos sacado de la biblioteca se van a poner tristísimos —le dijo a su hija, que abrió mucho los ojos—. Les va a dar mucha pena que no los quieras leer primero. Les harás llorar.

Le horrorizaba mentir a Poppy y otorgar sentimientos a las cosas le parecía una burda manipulación, pero cuando lo hacía se sentía un poco menos culpable. Su madre los había manipulado a ellos toda su infancia con promesas imposibles y mentiras descaradas («los elfos existen, pero solo los veréis si estáis en silencio absoluto todo el viaje» o «no podemos tener perro porque me dan alergia») y Louise se había prometido ser siempre

sincera y franca con su hija. Claro que, como Poppy había empezado a hablar tan pronto, había tenido que ajustar su planteamiento, pero no dependía de ello tantísimo como su madre. Eso era importante.

—¿De verdad van a llorar? —preguntó Poppy.

«¡Maldita sea, mamá!».

—Claro —contestó Louise—. Y se les van a emparar las páginas.

Por suerte, fue entonces cuando sonó el tono de llamada, la escalada convulsa de acordes mayores de «Summit», con sus gorjeos frenéticos, que significaba que era alguien de la familia. Miró la pantalla, esperando que fuera el «fijo de mamá y papá» o la «tía Honey», pero era Mark.

Se le helaron las manos.

«Necesita dinero —se dijo—. Está en San Francisco y no tiene dónde alojarse. Lo han detenido y mamá y papá por fin se han puesto firmes».

—Mark... —contestó notándose el pulso agitado en el cuello—. ¿Pasa algo?

—Siéntate —le aconsejó él.

Y ella se levantó automáticamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—No flipes —dijo él.

Louise empezó a flipar.

—¿Qué has hecho?

—Mamá y papá han pasado a mejor vida —contestó él.

—¿Cómo que han pasado a mejor vida?

—Pues que han dejado de sufrir —dijo Mark en un alarde de delicadeza.

—Hablé con ellos el martes y no me pareció que sufrieran —replicó ella—. Cuéntame qué ha sucedido.

—¡Eso pretendo! —espetó él con voz pastosa—. Joder, no se me está dando muy bien, lo siento. Seguro que esto lo encajas bien: nuestros padres han muerto.

Se apagaron las luces de todo el Norte de California. De toda la Bahía. Se hizo la oscuridad en Oakland y en Alameda.

Esa oscuridad se propagó por Bay Bridge y, a orillas de la isla de Yerba Buena, las olas rompieron en medio de una negrura absoluta. Hubo apagón en la estación de ferris, en el barrio de Tenderloin y en el Theater District; la oscuridad fue avanzando hacia Louise, calle a calle, desde Mission hasta el parque, su edificio, el apartamento de abajo, el recibidor de su casa. El mundo entero quedó a oscuras, salvo por un foco que alumbraba a Louise, plantada en medio del salón y aferrada al teléfono.

—No —dijo, porque Mark siempre se equivocaba. ¡Una vez había invertido en un serpentario!

—Los embistió lateralmente un gilipollas que iba en un SUV, en la esquina de Coleman con McCants —le explicó su hermano—. Ya me he puesto en contacto con un abogado que cree que, al fallecer los dos, la indemnización podría ser sustanciosa.

«No puede ser», pensó Louise.

—No puede ser —dijo.

—Papá iba en el asiento del copiloto y se llevó lo peor —prosiguió Mark—. Conducía mamá, craso error, porque ya sabes que de noche no ve tres en un burro, y llovía a cántaros. El coche dio una vuelta de campana y le seccionó el brazo a la altura del hombro. Un horror. La pobre murió en la ambulancia. Saber los detalles ayuda, creo yo.

—Mark... —lo interrumpió Louise porque necesitaba respirar, le costaba respirar.

—Escucha —dijo él en voz baja y arrastrada—. Lo pillo. A mí también me ha pasado al principio, pero es importante que los veamos como energía. No han sufrido, ¿vale? Porque nuestro cuerpo no es más que el recipiente de nuestra energía y la energía no siente dolor.

Louise apretó fuerte el teléfono.

—¿Estás borracho?

Él se puso en defensiva, o sea, que sí.

—Esto no es fácil para mí —repuso—, pero quería hablar contigo y decirte que todo va a ir bien.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Louise desesperada—. Tengo que llamar a tía Honey.

—Llama a quien quieras, pero que sepas que todo va a ir bien, de verdad.

—Mark —le soltó ella—, hace tres años que no hablamos y tú te emborrachas y me llamas para decirme que mamá y papá... —reparó de pronto en Poppy y bajó la voz—. Que papá y mamá han tenido un problema, pero que no pasa nada porque son energía... Claro que pasa.

—Te aconsejo que te tomes una copa tú también —replicó él.

—¿Cuándo ha ocurrido?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Eso da igual... —contestó el otro por fin.

La respuesta puso a Louise en alerta máxima.

—No, no da igual.

—Ayer, como a las dos de la madrugada —respondió Mark con desenfado—. He tenido mucho lío.

—¿Hace cuarenta y una horas? —espetó ella tras hacer el cálculo.

Sus padres llevaban muertos casi dos días y ella ni se había enterado porque a Mark no le había apetecido llamarla. Le colgó.

Miró a Poppy, que, arrodillada en el suelo junto a la banqueta del piano, susurraba a los libros de la biblioteca y los acariciaba, y vio a su madre. La niña había heredado el pelo rubio de su abuela, su fina barbilla afilada, sus inmensos ojos pardos y su cuerpecito menudo. A Louise le dieron ganas de abalanzarse sobre ella, estrecharla entre sus brazos, sumergir el rostro en el olor dulce de aquella criatura, pero ese era el tipo de gesto superdramático que gustaba a su madre, a la que jamás se le habría ocurrido pensar que podría asustarla o generarle inseguridad.

—¿Era la yaya? —preguntó la pequeña, porque adoraba a su abuela y había aprendido a identificar el tono de llamada asignado a la familia.

—No, era tía Honey —mintió Louise, que apenas podía contener las lágrimas—. Ahora tengo que llamar a la abuela. Tú quédate aquí viendo un episodio de *La patrulla canina* y, cuando termines, preparamos una cena especial.

Poppy se levantó de un brinco. Nunca la dejaban sola con el iPad y aquel privilegio nuevo y emocionante la distrajo de los libros tristes de la biblioteca y de quienquiera que hubiese llamado por teléfono. Louise la sentó en el sofá con la tableta, se fue a su habitación y cerró la puerta.

Mark se equivocaba. Estaba borracho. Una vez, llevado por «una corazonada», había invertido miles de dólares en una fábrica mexicana de árboles de Navidad que había resultado ser una estafa. Louise debía asegurarse. Si llamaba a casa de sus padres y no respondía nadie, no iba a poder soportarlo, así que llamó a tía Honey.

No conseguía atinar con los iconos de las aplicaciones y abrió varias veces la del tiempo, hasta que por fin logró acceder a la agenda y pulsar el número de su tía, tía abuela, en realidad, que contestó al primer tono.

—¿Qué? —bramó con voz flemática.

—Tía Honey... —dijo Louise, pero se le hizo un nudo en la garganta y no pudo seguir.

—Ay, Lulu —graznó tía Honey, y con aquellas dos palabras manifestó toda la pena del mundo.

Se hizo un silencio casi absoluto. De los nervios, a Louise empezaron a pitarle los oídos. No encontró palabras para continuar.

—No sé qué hacer —comentó por fin con un hilo de voz y una inmensa tristeza.

—Cariño, haz la maleta, mete un vestido bonito y ven a casa —le dijo su tía.

La madre de Louise sufría una incapacidad patológica para hablar de la muerte. Cuando a su tío Arthur le había dado un infarto y se había empotrado con el tractor cortacésped en un invernadero,

los había soltado a Mark y a ella en casa de tía Honey para irse «de vacaciones» con su padre a Myrtle Beach. En quinto, la hermana mayor de Sue Estes había muerto de leucemia y a Louise su madre le había prohibido ir al funeral porque «era demasiado pequeña». Su amistad con Sue no volvió a ser lo mismo. Se habían pasado la infancia entera pensando que su progenitora era alérgica a todo tipo de mascotas, pero Louise ya había terminado la universidad cuando su madre por fin confesó que jamás había querido tener nada en casa que pudiera morirse. «Tu hermano y tú os habríais puesto demasiado tristes», se justificó.

Cuando tuvo a Poppy, Louise se prometió que le hablaría con franqueza de la muerte. Sabía que exponerle la cruda realidad sería la mejor forma de que la niña entendiera que la muerte formaba parte de la vida. Contestaría a todas las preguntas de su hija con absoluta sinceridad, y lo que no supiera lo averiguarían juntas.

—Mañana me voy a Charleston —le dijo esa noche, sentada en la butaca de leer cuentos que Poppy tenía junto a su cama, a la luz de la lamparita de plástico en forma de ganso—. Y quiero que sepas por qué. Los abuelos han tenido un accidente muy grave. —Al decirlo vio reventar las lunas de seguridad, los fragmentos metálicos desgarrar y retorcer la carne—. Y se han hecho muchísimo daño. Tanto que sus cuerpos han dejado de funcionar y los abuelos han muerto.

Poppy salió disparada de la cama, se lanzó como una bala al regazo de Louise, se abrazó a sus costillas demasiado fuerte y empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Nooo! —gritaba—. ¡Nooo! ¡¡NOOOO!!

Louise quiso decirle que no pasaba nada, que ella también estaba triste, que pasarían la pena juntas y que era normal sentirse así cuando moría alguien, pero cada vez que arrancaba a hablar, Poppy se limpiaba la cara en ella como si quisiera arrancársela, sin dejar de gritar: «¡¡NOOOO!! ¡¡NOOOO!! ¡¡NOOOO!!». Al ver que la cosa iba para largo, se tumbó en la cama con su hija y la abrazó hasta que se quedó dormida.

Se acabó lo de plantear la muerte de forma sana.

Louise estuvo horas con el cuerpecito lacio y febril de su hija en brazos, deseando más que en toda su vida que alguien la abrazara a ella, aunque fuera solo un minuto, pero nadie abraza a las madres.

Se recordó de pronto en la sala de espera de la consulta del doctor Rector, aquella que olía a algodones empapados en alcohol y a pinchazos en el dedo, acurrucada en el regazo de su madre, que la distraía contándole a qué habían ido allí los otros niños.

—¿Ves a ese pequeñajo de ahí? —le decía su madre señalando a un crío de seis años que se sacaba los mocos—. Se hurga tanto la nariz que ya no huele más que la huella de sus dedos. Le van a hacer un trasplante nasal. ¿Y ves al que no para de mordisquear la bandolera del bolso de su madre? Le cambiaron el cerebro sin querer por el de un perro. ¿Aquella niña pequeña? Se comió las pepitas de la manzana y le están creciendo manzanos en la tripa.

—¿Y no le pasará nada? —preguntaba Louise.

—¡Qué va! Las manzanas están riquísimas. Por eso han venido: a que el doctor Rector le plante naranjas también.

Su madre se acordaba de todos los cumpleaños, de todos los aniversarios, del primer día de trabajo de todo el mundo en un sitio nuevo, de cuándo salían de cuentas todas las embarazadas... Recordaba las fechas señaladas de todos los primos o sobrinos solteros y de todos los feligreses de la parroquia como si aquel fuera su cometido. Mandaba notas, llevaba tartas y Louise no recordaba ni un solo cumpleaños suyo en que, al descolgar el teléfono, no hubiera estado su madre al otro lado cantando el «Cumpleaños feliz». Todo aquello se había terminado. Las tarjetas en cualquier ocasión, las llamadas de cumpleaños, la circular de Navidad enviada a cientos de personas... Nada de eso volvería a ocurrir.

Su madre tenía opiniones, tantas que a Louise a veces la asfixiaban. Como que *El conejo de felpa* era su cuento favorito, que no había que tirar nada a la basura porque todo se podía reutilizar, que a los niños no había que dejarles vestir de negro

hasta los dieciocho, que las mujeres no debían llevar el pelo corto hasta cumplir los cincuenta, que Louise trabajaba demasiado y lo que debía hacer era volver a Charleston, que Mark no era más que un genio incomprendido en busca de su sitio en el mundo...

Todos aquellos pareceres, toda aquella creatividad, aquellas notas y llamadas telefónicas, su empeño constante de ser el centro de atención, su agotadora necesidad de gustar a todo el mundo, sus cambios de humor, de la euforia más absoluta a la más honda depresión, hacían de su madre lo que era, pero también ayudaron a Louise a entender, desde muy joven, que, al contrario que su padre, su madre no era de fiar.

Louise jamás había visto a su padre disgustado. Siendo adolescente, un día grabó el *Nirvana Unplugged* encima de la presentación de su padre en la Sociedad Sureña para el Fomento de la Ciencia. Al descubrirlo, él lo meditó un buen rato y dijo: «Me está bien empleado, por engreído». Cuando ella quiso saber de electricidad, su padre le enseñó a usar un ohmímetro y recorrieron juntos la casa, introduciendo los terminales en las clavijas y acercándolos a las pilas. Con el dinero que le dieron esas Navidades, se compró en RadioShack el *Manual de electrónica para principiantes* de Mims y, en el garaje, su padre y ella aprendieron a soldar y a montar detectores de humedad y generadores de tonos.

Louise se escabulló de la cama de Poppy con cuidado de no despertarla y entró sigilosa en la cocina. Tenía algo pendiente. De pie en la oscuridad, buscó en la agenda del móvil el número del «hijo de mamá y papá». Mirando a otro lado, procuró serenarse y pulsó el botón de llamada.

Aún tenían contestador: «Has llamado a casa de los Joyner —oyó decir a su padre con el mismo tiempo exacto que lo había oído durante lustros. Se sabía todas las pausas, todos los cambios de entonación del mensaje entero. Lo fue recitando por lo bajo—. Ahora mismo no podemos ponernos, o no nos apetece. Por favor, deja un mensaje claro y detallado después de la señal y te llamaremos en cuanto nos venga bien». Se oyó un pitido y,

en la otra punta del país, en la cocina de sus padres sonó el clic del comienzo de la grabación.

—Mamá... —dijo con un nudo en la garganta—. Hola, papá. Estaba pensando en vosotros y se me ha ocurrido saludaros y ver si estáis ahí. Mark me ha llamado esta noche y... Si estáis ahí..., si estáis ahí, por favor, contestad al teléfono. —Esperó diez segundos largos. Nada—. Os echo de menos y espero que estéis bien y... —No sabía qué más decir—. Y os quiero. Os quiero mucho a los dos. Vale, adiós. —Ya iba a colgar cuando volvió a acercarse el teléfono a la boca—. Llamadme, por favor.

Colgó y se quedó allí plantada, sola, a oscuras. La inundó una súbita sensación de certeza, y aquella misma vocecilla que le había comunicado su maternidad le dijo por dentro: «Te has quedado huérfana».